Domingo V de Cuaresma, ciclo A.

Estudio bíblico de la muerte y resurrección de Lázaro.

Introducción.

Estimados hermanos y amigos:

Aunque la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo fue fundada el día de Pentecostés en que los Apóstoles de nuestro Salvador fueron llenos de los dones del Espíritu Santo, es innegable el hecho de que, a partir del tiempo en que Jesús comenzó su Ministerio público, por causa del hecho de que el Hijo de María tenía la capacidad de actuar haciendo que quienes le rodeaban se integraran en su actividad evangelizadora, surgió en torno suyo una comunidad de creyentes en Dios, cuyos miembros intentaban vivir en conformidad al mensaje predicado por nuestro Redentor, según la fe de cada uno de los tales. El relato evangélico que constituye el objeto de este estudio, fue vivido por una familia creyente en nuestro Salvador. Lázaro, Marta y María, eran tres hermanos que habitaban en Betania, cerca de Jerusalén.

Antes de exponernos la muerte y resurrección del citado amigo de Jesús en su Evangelio, San Juan pone en boca de Jesús la parábola del buen pastor, y, a continuación, nos narra un episodio en que los judíos le manifiestan abiertamente su rechazo al Mesías, creyéndolo blasfemo. El hermano del Apóstol Santiago el Mayor, finaliza el capítulo 10 de su Evangelio, recordando que Jesús fue al lugar en que San Juan el Bautista empezó a bautizar a quienes aceptaron su mensaje. Al contrastar los hechos narrados en el capítulo 10 del cuarto Evangelio, tenemos la sensación de que, al final del citado texto, Jesús retrocede en el tiempo como quien recapitula todo lo que ha hecho durante un tiempo determinado, para, a continuación, después de resucitar a Lázaro de entre los muertos, prepararse a vivir una serie de acontecimientos que se sucedieron rápidamente, que le condujeron a su Pasión, muerte y Resurrección.

El relato de la muerte y resurrección de Lázaro, además de ser una imagen de la muerte y Resurrección de nuestro Salvador, encierra en sí la vivencia de la fe de la comunidad cristiana, por consiguiente, al final de esta meditación, podremos comparar nuestra actitud con el comportamiento de los personajes que aparecen en el relato que estamos considerando, así pues,

¿está muerta nuestra fe, tal como Lázaro estuvo muerto durante más de tres días?

¿Imitamos la fe de Marta, quien había aprendido a tener una fe que parecía

completa, pero que se debilitaba casi hasta extinguirse, a la hora de creer que Dios puede manifestársenos mediante sus obras, sin necesidad de que para ello llegue el tiempo del fin del mundo?

¿Es nuestra fe débil como la espiritualidad de María, que debía haber sido fuerte por su dedicación a meditar la Palabra de Dios, y sufrió un gran decaimiento cuando fue sometida a prueba?

¿Es nuestra fe cambiante como lo fue la actitud de aquellos que, después de intentar apedrear a nuestro Señor, se compadecieron de Él al verlo con los ojos humedecidos?

¿Actuamos cuando tenemos la oportunidad como cristianos veraces, o imitamos a quienes, con tal de negar la resurrección de Lázaro, para evitar el hecho de que Jesús fuera estimado, decidieron asesinar al hermano de Marta y María?

Hermanos y amigos:

En esta ocasión os invito a meditar los primeros 46 versículos del capítulo 11 del Evangelio de San Juan, y, para ayudaros a alcanzar este propósito, os propongo que hagamos un ejercicio de lectio divina. Esto significa que, además de analizar el texto bíblico tal como lo hemos hecho muchas veces, vamos a leerlo y a releerlo en actitud de oración. Con el fin de que podáis leer el texto bíblico y vivirlo como si participáseis del citado relato, os propongo que marquéis las palabras evangélicas que más os llamen la atención. Os recomiendo que imprimáis este texto y marquéis las palabras o frases del mismo que más os ayuden a orar, o, en el caso de leerlo en el ordenador, os recomiendo hagáis una copia de esta meditación, y que coloreéis con colores llamativos las partes de la misma que más os ayuden a orar. Los invidentes podréis hacer lo propio, escribiendo las palabras o frases más llamativas en vuestro procesador de textos.

Quizá nos sucede habitualmente que oramos cuando necesitamos que Dios nos favorezca, y nunca le agradecemos a nuestro Dios Uno y Trino todo lo que ha hecho en nuestro beneficio. Los ejercicios de lectio divina, además de tener la misión de ayudarnos a conocer, amar y aceptar más y mejor a Dios, nos ayudan a disfrutar de la oración, si meditamos los textos que nos ayudan a considerar la Palabra de Dios lentamente, sin dejarnos arrastrar por las exigencias del mundo de las prisas. Quienes están habituados a realizar este tipo de ejercicios, simplemente, al repetir los textos que marcan, consiguen pasar horas en actitud orante, porque nadie nos ama como nos acoge Dios en su presencia, y porque nuestro Padre, nuestro Hermano Jesús, y el Espíritu Santo, -el amor que procede del Padre y del Hijo desde la eternidad-, desean sentirse aceptos por nosotros.

Desarrollaremos este ejercicio, ateniéndonos al siguiente orden:

1. Leeremos los versículos bíblicos del Evangelio que meditamos en esta ocasión.

2. Meditaremos dichos textos.

3. Nuestra meditación se acompañará de una oración, que nos servirá de modelo para elevar nuestras plegarias al cielo.

Espero que este ejercicio os ayude a aprender a orar a quienes no sabéis hacerlo, y que os sea provechoso a quienes tenéis vuestras almas habituadas a la conversación con el Dios Uno y Trino.

Podéis enviarme vuestros comentarios, peticiones, quejas y críticas, a:

joseportilloperez@gmail.com

1. Leamos la muerte y resurrección de Lázaro.

Comencemos nuestra oración leyendo el texto evangélico de JN. 11, 1-46 lentamente, intentando comprender la postura de cada uno de los personajes que aparecen en el mismo.

"Un hombre llamado Lázaro había caído enfermo. Era natural de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta. (María, hermana de Lázaro, el enfermo, era la misma que derramó perfume sobre los pies del Señor y se los secó con sus cabellos.)

Las hermanas de Lázaro mandaron a Jesús este recado:

-Señor, tu amigo está enfermo.

Jesús, al saberlo, dijo:

-Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios; por medio de ella resplandecerá la gloria del Hijo de Dios.

Jesús tenía una gran amistad con estos tres hermanos: Marta, María y Lázaro. Sin embargo, a pesar de haberse enterado de que Lázaro estaba enfermo, continuó en aquel lugar otro par de días. Pasado este tiempo, dijo a sus discípulos:

-Vamos otra vez a Judea.

Ellos replicaron:

-Maestro, hace bien poco que los judíos intentaron apedrearte; ¿cómo es posible que quieras volver allá?

Jesús respondió:

-¿No es cierto que el día tiene doce horas? Cualquiera puede caminar durante el día sin miedo a tropezar, porque la luz de este mundo ilumina su camino. En cambio, si uno anda de noche, tropieza, ya que le falta la luz.

Y añadió:

-Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero yo voy a despertarle.

Los discípulos comentaron:

-Señor, si se ha dormido, quiere decir que se recuperará.

Creían ellos que Jesús se refería al sueño natural, pero él hablaba de la muerte de Lázaro. Entonces Jesús se expresó claramente:

-Lázaro ha muerto. Y me alegro de no haber estado allí, porque ello redundará en vuestro bien; así tendréis un motivo más para creer. Vamos, pues, allá.

Tomás, apodado "el Mellizo", dijo a los otros condiscípulos:

-¡Vamos también nosotros, para morir con él!

A su llegada, Jesús se encontró con que Lázaro había sido sepultado hacía ya cuatro días.

Como Betania está muy cerca de Jerusalén -unos dos kilómetros y medio-, muchos judíos habían ido a visitar a Marta y a María para darles el pésame por la muerte de su hermano.

En cuanto Marta se enteró de que Jesús llegaba, le salió al encuentro; María, por su parte, se quedó en casa. Marta dijo a Jesús:

-Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun así, yo sé muy bien que todo lo que pidas a Dios, él te lo concederá.

Jesús le contestó:

-Tu hermano resucitará.

Marta respondió:

-Sé muy bien que volverá a la vida al fin de los tiempos, cuando tenga lugar la resurrección de los muertos.

Jesús afirmó:

-Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y ninguno de los que viven y tienen fe en mi morirá para siempre. ¿Crees esto?

Marta contestó:

-Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que había de venir a este mundo.

Dicho esto, Marta fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído:

-El Maestro está aquí y pregunta por ti.

María se levantó rápidamente y salió al encuentro de Jesús. Pues no había entrado todavía en el pueblo; estaba aún en el lugar en que Marta se había encontrado con él.

Cuando los judíos que estaban en casa con María, consolándola, vieron que se levantaba y salía muy de prisa, la siguieron, pensando que iría a la tumba de su hermano para llorar allí.

María llegó al lugar donde estaba Jesús, se arrojó a sus pies y exclamó:

-Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.

Jesús, al verla llorar a ella y a los judíos que la acompañaban, lanzó un suspiro y, profundamente emocionado, preguntó:

-¿Dónde le habéis sepultado?

Ellos contestaron:

-Ven a verlo , Señor.

Jesús se echó a llorar, y los judíos allí presentes comentaban:

-Bien se ve que le quería de verdad.

Pero algunos dijeron:

-Este, que dio vista al ciego, ¿no podría haber hecho algo para evitar la

muerte de su amigo?

Jesús, de nuevo profundamente emocionado, se acercó a la tumba. Era una cueva cuya entrada estaba tapada con una gran piedra. Jesús les ordenó:

-Quitad la piedra.

Marta le advirtió:

-Señor, tiene que oler ya, pues hace cuatro días que murió.

Jesús le contestó:

-¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?

Quitaron la piedra, y Jesús, mirando al cielo, exclamó:

-Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé muy bien que me escuchas siempre; si hablo así, es por los que están aquí, para que crean que tú me has enviado.

Dicho esto, exclamó con voz potente:

-¡Lázaro, sal fuera!

Y Lázaro salió de la tumba. Tenía las manos y los pies ligados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:

-Quitadle las vendas y dejadle andar.

Al ver todo esto, muchos de los judíos que habían ido a visitar a María creyeron en Jesús. Otros, sin embargo, fueron a contar a los fariseos lo que Jesús acababa de hacer" (JN. 11, 1-46).

2. Meditemos el Evangelio de hoy en actitud de oración.

2-1. ¿En qué estado nos encontramos?

"Un hombre llamado Lázaro había caído enfermo" (CF. JN. 11, 1).

Señor Jesús:

Vivimos en un mundo en que hay muchos Lázaros que sufren por diversos motivos. El dolor constituye una encrucijada de cuestiones que no podemos responder satisfactoriamente, lo cual contribuye a amargarnos el alma, si no asumimos el mismo como un hecho normal, o si no lo aceptamos como el camino que tenemos que recorrer para poder ser purificados y vivir posteriormente en la presencia de nuestro Padre común.

"Un hombre llamado Lázaro había caído enfermo", -leemos al principio del Evangelio de hoy- (CF. JN: 11, 1).

¿Somos conscientes de que nuestro mundo está lleno de Lázaros que sucumben bajo los efectos de las diversas enfermedades que padecen?

¿Somos conscientes de que nuestro mundo está lleno de Lázaros que necesitan de nuestra misericordia para poder alcanzar la plenitud de su realización personal y comunitaria?

El nombre "Lázaro" significa "Dios ha ayudado", por consiguiente, los millones de Lázaros que constituyen la mayor parte de la humanidad que viven afectados por el dolor en cualquiera de las diversas formas en que se manifiesta el mismo, son la ayuda que Dios nos ha dado para que aprendamos a ser caritativos, de la misma forma que, por nuestra mediación, ellos deben comprender que Dios no los ha abandonado.

Quienes necesitamos ser misericordiosos, vivamos en conformidad con la Palabra de Dios, que nos dice:

"Quien proclama que Jesús es el Hijo de Dios, vive en Dios (vive en conformidad con la fe que profesa) y Dios vive en él (las obras de Dios se manifiestan por medio de él). Por nuestra parte, sabemos que Dios nos ama, y en él hemos puesto nuestra confianza. Dios es amor, y quien ha hecho del amor el centro de su vida, vive en Dios y Dios vive en él. Nuestro amor alcanza su más alto nivel de perfección cuando, al compartir nosotros ya en este mundo la condición de Cristo, nos hace esperar confiados el día del juicio. Amor y temor, en efecto, son incompatibles. El auténtico amor elimina el temor, por cuanto el temor está en relación con el castigo, y el que teme es que aún no ha logrado amar perfectamente. En fin, amemos nosotros a Dios porque él nos amó primero. Si alguno viene diciendo: "Yo amo a Dios", pero al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no es capaz de amar al hermano, a quien ve? Este mandamiento nos dejó Cristo: que amemos a Dios y que amemos también a nuestros hermanos" (1 JN. 4, 15-21).

Quienes necesitan de nuestra ayuda, también pueden vivir en conformidad con la Palabra de Dios.

"Alegraos profundamente, hermanos, cuando os sintáis cercados por toda clase de dificultades. Es señal de que vuestra fe, al pasar por el crisol de la prueba, está dando frutos de perseverancia. Pero es preciso que la perseverancia lleve a feliz término su empeño, para que seáis perfectos, cabales e intachables. Si alguno de vosotros anda escaso de sabiduría, pídasela a Dios, que reparte a todos con largueza y sin echarlo en cara, y él se la dará. Pero debe pedirla confiadamente, sin dudar, pues quien duda se parece a las olas del mar, que van y vienen movidas por el viento. Nada puede esperar de Dios un hombre así, indeciso e inconstante en todo cuanto emprende. El hermano de humilde condición debe sentirse orgulloso de la alta dignidad que Dios le concede. El rico (aquí "el rico" es el "avaro", independientemente de sus status económico), en cambio, debe sentirse orgulloso por cuanto Dios le da ocasión de humillarse, ya que pasará como flor de la hierba. En efecto, del mismo modo que al calentar el sol con toda su fuerza se seca la hierba y cae al suelo su flor, quedando en nada toda su hermosa apariencia, así fenecerán las empresas del rico. ¡Dichoso el hombre que resiste la prueba! Una vez acrisolado, recibirá como corona la vida que el Señor tiene prometida a los que le aman" (ST. 1, 2-12).

Una de las razones por las que necesitamos ser misericordiosos con quienes sufren, consiste en que, cuando menos lo esperemos, podemos ser nuevos Lázaros marcados por el padecimiento, y, por tanto, necesitados de la piedad de nuestros prójimos los hombres. Es esta la razón que movió a San Pablo a escribirles a los cristianos de Corinto:

"Cada cual dé según el dictamen de su corazón, no de mala gana ni forzado, pues: Dios ama al que da con alegría. Y poderoso es Dios para colmaros de toda gracia a fin de que teniendo, siempre y en todo, todo lo necesario, tengáis aún sobrante para toda obra buena" (2 COR. 9, 7-8).

¿Necesitamos de la misericordia de nuestros hermanos los hombres?

Independientemente de que necesitemos ser ayudados por nuestros prójimos, ¿estamos dispuestos a ser caritativos con quienes nos necesiten?

¿Cuál es la fortaleza real de nuestra fe?

¿Es nuestro amor a la humanidad real, o se reduce a una representación teatral de Navidad y Viernes Santo?

2-2. ¿Nos adaptamos al cumplimiento de la voluntad de Dios?

"Era natural de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta" (CF. JN. 11, 1).

El hecho de pensar que Lázaro era natural de Betania, me induce a pensar en el uso que hacemos tanto de nuestra religión como de la religiosidad que nos caracteriza, a la hora de relacionarnos con nuestros hermanos cristianos, cuyos ideales difieren de la fe que profesamos. De la misma manera que los cristianos de Corinto decían que eran seguidores de Pablo, Apolo, Pedro o Cristo, los cristianos, ateniéndonos a nuestras verdades, también afirmamos que nuestras creencias son las de la fundación de Cristo. Atendamos, -pues-, al texto del Apóstol de los gentiles.

"Pero tengo algo que pediros, hermanos, y lo hago en nombre de nuestro Señor Jesucristo: que haya concordia entre vosotros. Desterrad cuanto signifique división y vivid en total armonía de pensamiento y de sentimiento. Digo esto, hermanos míos, porque los de Cloe me han informado de que hay discordia entre vosotros. Y, haciéndome eco de lo que anda diciendo cada uno de vosotros, resulta que uno es partidario de Pablo; el otro, de Apolo; éste, de Pedro, y aquél, de Cristo. Pero bueno, ¿es que Cristo se os ha repartido en pedazos? ¿O acaso crucificaron a Pablo por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?... Hermanos, no me fue posible entonces trataros como a hombres maduros en el espíritu; tuve que hacerlo como a personas inmaduras, como a cristianos en estado infantil. Os nutrí de leche y no con alimentos fuertes, ya que no érais capaces de más. Y tampoco lo sois ahora. Aún estáis sujetos a las apetencias humanas. Pues mientras haya entre vosotros envidias y rivalidades, es señal de que os dominan esas apetencias y de que no habéis superado el nivel puramente humano. En efecto, cuando uno dice: "Yo estoy con Pablo" , y otro: "Yo con Apolo" , ¿no demostráis que sois todavía demasiado humanos? ¿Qué es, en definitiva, Pablo? ¿Y qué es Apolo? Simples servidores que os condujeron a la fe, valiéndose cada cual del don que Dios le concedió. Yo planté y Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer. Así que ni el que planta ni el que riega cuentan para nada; Dios, que hace crecer, es el que cuenta. Y entre el oficio de plantar o el de regar no hay diferencia, si bien cada uno recibirá el salario en proporción a su trabajo. Lo único que nosotros hacemos es colaborar con Dios; vosotros sois el campo que Dios cultiva, la casa que Dios edifica" (1 COR. 1, 10-13. 3, 1-9).

¿Cuál es la religión verdadera? La religión que debe caracterizar a los miembros de la fundación de Cristo, es aquella que dignifica los derechos y deberes del ser humano, la que sirve a la humanidad sin exigirle a nadie que cambie su mentalidad a la fuerza, y la que solo actúa bajo el impulso del amor de Dios y de sus hijos los hombres. Aunque para todos es fácil decir "mi religión es la verdadera", no nos sucede lo mismo, a la hora de cumplir con los citados deberes a nivel institucional, y menos a la hora de ser nosotros quienes intentamos crear un mundo carente de desigualdades.

2-3. Marta y María le pidieron a Jesús que curara a Lázaro.

"(María, hermana de Lázaro, el enfermo, era la misma que derramó perfume sobre los pies del Señor y se los secó con sus cabellos.) Las hermanas de Lázaro mandaron a Jesús este recado:

-Señor, tu amigo está enfermo" (JN. 11, 2-3).

Señor Jesús:

Marta y María no te mandaron a decir: "Ven a curar a nuestro hermano que está enfermo", sino: "Señor, tu amigo está enfermo" (CF. JN. 11, 3). Ellas sabían perfectamente, -porque confiaban en ti-, que, el hecho de saber que Lázaro estaba enfermo, sería suficiente para que fueras a curarlo, manifestándole así, tanto el amor, como la compasión que sentías por él.

A pesar de que las hermanas de Lázaro confiaban en ti, no impediste la muerte de tu amigo, de la misma manera que muchas veces no nos concedes los favores que te pedimos. Con el paso de los años, hemos aprendido que, independientemente de que nos concedas lo que te pedimos, siempre actúas en conformidad con nuestro bien. Sabemos que no nos concedes lo que te pedimos cuando ello nos aparta de ti, o cuando, el hecho de carecer de ello, puede ayudarnos a ser perfeccionados, para que podamos vivir en la presencia de nuestro Padre común.

Nosotros muchas veces, cuando nos dirigimos al Padre, al Espíritu Santo o a Ti en oración, pronunciamos los nombres y apellidos de algunos de aquellos por quienes te pedimos favores. Marta y María, no te enviaron un mensajero que te hablara de Lázaro, sino de "tu amigo", al que amabas, el enfermo de quienes ambas estaban seguras te ibas a compadecer. Si supiéramos lo sencillo que es el corazón de Dios, no transcurriría un momento de nuestra vida, en que pudiéramos dejar de estar sorprendidos ante su grandeza y nuestra pequeñez, pues, aunque desconocemos la grandeza de Dios, conocemos la dificultad que tenemos para vivir amando incondicionalmente a Dios y a toda la humanidad.

2-4. ¿Por qué sufrió Lázaro su enfermedad y posterior muerte?

"Jesús, al saberlo, dijo:

-Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios; por medio de ella resplandecerá la gloria del Hijo

de Dios" (JN. 11, 4).

La gloria del Padre y del Hijo se manifestó en la enfermedad y muerte de Lázaro, pero no lo hizo evitando las mismas, sino haciendo que el hermano de Marta y María resucitara de entre los muertos. Igualmente, todos los enfermos que creemos en nuestro Padre común, vivimos esperando el momento en que la gloria del Dios Uno y Trino se manifieste en nosotros, ora utilizando nuestro sufrimiento en favor de la predicación del Evangelio, ora restableciéndonos la salud, ora por medio de los descubrimientos científicos del futuro, ora por la llegada del tiempo en que concluya la instauración de su Reino entre nosotros.

Si pensamos en nuestra conversión, sabemos que, por la fe que hemos recibido de Dios, podemos adorar a la Suma Divinidad, renaciendo a la vida de la gracia, que nada tiene que ver con la muerte que nos produce el pecado.

Jesús nos dice:

"Nadie puede aceptarme si no le es dado por el Padre que me envió, yo, por mi parte, le resucitaré en el último día" (JN. 6, 44).

"Yo os aseguro que el que acepta mi palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna; no será condenado, sino que ha pasado ya de la muerte a la vida (porque no permitiré que no sea salvo)" (JN. 5, 24).

Dado que el pecado es un signo inequívoco de muerte, nos es preciso ser miembros de la civilización conocida como Reino de Dios, y no formar parte del mundo que se opone a nuestro Padre común.

"Jesús volvió a decirles:

-Yo me voy. Me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado; y a donde yo voy, vosotros no podéis ir.

Los judíos comentaban entre sí:

-¿Pensará suicidarse, y por eso dice: "Vosotros no podéis ir a donde yo voy"?

Jesús aclaró:

-Vosotros pertenecéis a este mundo de abajo; yo pertenezco al de arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no. Por eso os he dicho que moriréis en vuestros pecados. Porque, si no creéis que "yo soy el que soy", moriréis en vuestros pecados" (JN. 8, 21-24).

En el Salmo 36, leemos:

"En ti está la fuente de la vida,
y en tu luz vemos la luz" (SAL. 36, 10).

Al aceptar vivir bajo la luz de la fe que profesamos, nos comprometemos a juzgar todas las circunstancias de nuestra vida desde la óptica de Dios, renunciando a la forma de pensar y actuar de nuestro hombre viejo y pecador, cuya vida intrascendente fue extinguida por medio del agua con que fuimos bautizados, la cual es un símbolo de la limpieza del alma que se nos hace por medio del Sacramento de la Penitencia, para que podamos vivir en la presencia de nuestro Padre común.

Dado que aún no ha concluido el proceso de nuestra purificación, no dejemos de anhelar la luz de Cristo, así pues, junto al ciego Bartimeo, y a quienes recuperaron la fe después de haber renunciado a Dios, digámosle al Mesías en oración, mientras meditamos sobre nuestra necesidad del Dios Uno y Trino:

"-Maestro, que vuelva a ver" (CF. MC. 10, 51).

Las palabras de Jesús: "Esta enfermedad no terminará en la muerte" (CF. JN. 11, 4), podían hacerles pensar a los Apóstoles que la enfermedad que Lázaro padecía no era grave.

2-5. Todos los cristianos somos iguales ante Dios.

"Jesús tenía una gran amistad con estos tres hermanos: Marta, María y Lázaro. Sin embargo, a pesar de haberse enterado de que Lázaro estaba enfermo, continuó en aquel lugar otro par de días" (JN. 11, 5-6).

Recordemos cómo las hermanas de Lázaro le enviaron un mensaje a Jesús pidiéndole ayuda, demostrándole a nuestro Salvador cómo amaban a Lázaro.

"Las hermanas de Lázaro mandaron a Jesús este recado:

-Señor, tu amigo está enfermo" (JN. 11, 3).

Una vez que Marta y María cumplieron el deber que tenemos los cristianos de demostrarnos amor constantemente, fue Jesús quien les manifestó su amor a Lázaro y a ellas, primero espiritualmente, y después, presencialmente, según veremos en esta meditación.

"Jesús tenía una gran amistad con estos tres hermanos: Marta, María y Lázaro" (JN. 11, 5).

Observemos cómo San Juan no menciona a Lázaro y a sus hermanas siguiendo siempre el mismo orden.

"Un hombre llamado Lázaro había caído enfermo. Era natural de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta" (JN. 11, 1).

"Jesús tenía una gran amistad con estos tres hermanos: Marta, María y Lázaro" (JN. 11, 5).

El hecho de que San Juan, además de no ordenar el nombre de los tres hermanos de Betania, colocó el nombre de Lázaro en último lugar, -a pesar de la marginación que sufrían las mujeres en aquel tiempo-, nos hace entender que todos los cristianos tenemos la misma dignidad ante nuestro Padre común.

Jesús no dejó morir a Lázaro únicamente para manifestar en su amigo tanto la gloria del Padre como la suya (CF. JN: 11, 4), pues también lo hizo con una segunda intención. Dado que la resurrección de Lázaro es la prefiguración de la vida eterna, nuestro Señor no interrumpió el ciclo vital al que estaba destinado a vivir su amigo, sino que le resucitó de entre los muertos, para demostrarnos que la vida de la gracia que gozaremos en la presencia de Dios, no está relacionada con nuestra vida actual de imperfección, pues no estará marcada por ningún tipo de sufrimiento.

"El que estaba sentado en el trono anunció:

-Ahora voy a hacer nuevas todas las cosas.

Y añadió:

-Palabras fieles y verdaderas son éstas. ¡Escríbelas!" (AP. 21, 5).

2-6. . Actuemos durante el tiempo en que tenemos la oportunidad de ser aptos para vivir en la presencia del Dios Uno y Trino iluminados por Jesús, la luz del mundo.

"Pasado este tiempo, dijo a sus discípulos:

-Vamos otra vez a Judea.

Ellos replicaron:

-Maestro, hace bien poco que los judíos intentaron apedrearte; ¿cómo es posible que quieras volver allá?

Jesús respondió:

-¿No es cierto que el día tiene doce horas? Cualquiera puede caminar

durante el día sin miedo a tropezar, porque la luz de este mundo ilumina su camino. En cambio, si uno anda de noche, tropieza, ya que le falta la luz" (JN. 11, 7-10).

Jesús dejó que Lázaro padeciera y muriera, lo cual, si no se justifica tanto por el pretexto que lo indujo a ello como por las circunstancias de todo el relato que estamos meditando, ello puede hacernos creer que el Señor traicionó la confianza que las hermanas de Betania habían depositado en El, a lo largo de los años que se prolongó su amistad. Hemos visto que Jesús dejó que Lázaro padeciera y muriera, para simbolizar, no solo su Resurrección por medio de la resurrección de su amigo, sino la nueva creación, la plena instauración del Reino de Dios en nuestra tierra.

Dado que los judíos habían intentado apedrear al Señor recientemente, y los Apóstoles dedujeron de las palabras de Jesús referentes a que la enfermedad de su amigo no acabaría en la muerte (CF. JN. 11, 4) que Lázaro estaba dormido, se opusieron a que el Mesías fuera a Betania, ya que ello podía significar que iba a sucumbir bajo el poder de sus adversarios, por consiguiente, veamos unos textos joánicos, referentes a la oposición que los judíos le manifestaron abiertamente a nuestro Salvador.

"Los fariseos se enteraron de que cada vez aumentaba más el número de los seguidores de Jesús y que bautizaba incluso más que Juan. (De hecho no era el mismo Jesús quien bautizaba, sino sus discípulos.) Cuando Jesús se enteró de que lo sabían, salió de Judea y volvió a Galilea" (JN. 4, 1-3).

"Después de esto, Jesús volvió a Jerusalén con motivo de una de las fiestas judías. Hay en Jerusalén, cerca de la puerta llamada de las Ovejas, un estanque conocido con el nombre hebreo de Betzata, que tiene cinco soportales. En estos soportales había muchos enfermos recostados en el suelo: ciegos, cojos y paralíticos. Estaban esperando el movimiento del agua del estanque porque de cuando en cuando bajaba un ángel del Señor y agitaba el agua. El primero que se metía en el agua después que ocurría esto , quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviera . Había entre ellos un hombre que llevaba enfermo treinta y ocho años. Jesús, al verle allí tendido y sabiendo que llevaba tanto tiempo, le preguntó:

-¿Quieres curarte?

El enfermo le contestó:

-Señor, no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando el agua ha sido agitada. Cuando yo quiero llegar, ya otro se me ha adelantado.

Entonces Jesús le ordenó:

-Levántate, recoge tu camilla y vete.

En aquel mismo instante, el enfermo quedó curado, recogió su camilla y comenzó a andar. Pero aquel día era festivo. Así que los judíos se dirigieron al que había sido curado y le dijeron:

-Hoy es día festivo y está prohibido que cargues con tu camilla.

El respondió:

-El que me curó me dijo que recogiera mi camilla y me fuera.

Ellos le preguntaron:

-¿Quién es ese hombre que te dijo que recogieras tu camilla y te fueras?

Pero él no le conocía, no sabía quién le había curado, pues Jesús había desaparecido entre la muchedumbre allí reunida. Poco después, Jesús se encontró con él en el templo y le dijo:

-Escúchame: ya que has sido curado, no vuelvas a pecar; podría sucederte algo peor.

Aquel hombre se fue y dijo a los judíos que era Jesús quien le había curado. Jesús no se privaba de hacer tales cosas incluso en día festivo; por eso le perseguían los judíos. Pero él justificaba su modo de actuar, diciendo:

-Mi Padre no cesa nunca de trabajar, por eso yo trabajo también en todo tiempo.

Esta afirmación provocó en los judíos un mayor deseo de matarle, porque no sólo no respetaba el día festivo, sino que además decía que Dios era su propio Padre, haciéndose así igual a Dios" (JN. 5, 1-18).

"Pasó algún tiempo, y Jesús seguía recorriendo Galilea. Evitaba andar por Judea, porque los judíos buscaban una ocasión para matarle" (JN. 7, 1).

"Jesús les respondió:

-Os aseguro que antes que Abraham naciera, existo yo.

Ante tal afirmación, los judíos intentaron apedrearle; pero Jesús se escondió y salió del templo" (JN. 8, 58-59).

"Era invierno. Se celebraba en Jerusalén la fiesta que conmemoraba la dedicación del templo. Estaba Jesús paseando por el pórtico de Salomón, dentro del recinto del templo, cuando se le acercaron los judíos, se pusieron a su alrededor y le dijeron:

-¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si eres el Mesías, dínoslo claramente

de una vez.

Jesús les respondió:

-Os lo he dicho con toda claridad y no me habéis creído. Tenéis ante vuestros ojos mis credenciales: las obras que yo hago por la autoridad recibida de mi Padre. Vosotros, sin embargo, no me creéis, porque no sois las ovejas de mi rebaño (no sois mis discípulos). Mis ovejas reconocen mi voz, yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y jamás perecerán ni podrá nadie arrebatármelas, como no pueden arrebatárselas a mi Padre, que, con su soberano poder, me las ha confiado. El Padre y yo somos uno.

Intentaron otra vez los judíos apedrear a Jesús. Pero él les dijo:

-Muchas obras buenas he hecho ante vosotros en virtud del poder que he recibido de mi Padre; ¿por cuál de ellas queréis apedrearme?

Le contestaron:

-No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por la blasfemia que has proferido contra Dios: tú que eres un hombre como los demás, pretendes hacerte pasar por Dios.

Jesús les replicó:

-¿No está escrito en vuestra Ley que Dios dijo: Vosotros sois dioses? Resulta, pues, que la Ley llama dioses a aquellos a quienes fue dirigido el mensaje de Dios; por otra parte, lo que dice la Escritura no puede ponerse en duda. Entonces, ¿con qué derecho me acusáis de blasfemia a mí, que he sido elegido por el Padre para ser enviado al mundo, por haber dicho que soy Hijo de Dios? Si no realizo las obras de mi Padre, no me creáis; pero, si las realizo, fiaos de ellas, aunque no queráis fiaros de mí. De este modo podréis reconocer que el Padre está en mí, y yo en el Padre.

A la vista de estos discursos, los judíos intentaron, una vez más, apresar a Jesús; pero él se les escapó de las manos" (JN. 10, 22-39).

Dado que los Apóstoles pensaban que si Jesús moría su obra no podría ser llevada a cabo, tales seguidores de Jesús querían evitar la muerte del Mesías, y las represalias que los judíos podían tomar contra ellos, por haber sido seguidores del Nazareno.

Las doce horas del día de que habla Jesús en el relato que estamos meditando, simbolizan la prolongación de su Ministerio público, y el tiempo en que, por tener fe, debemos trabajar en el campo de la evangelización, sin miedo al fruto de la carencia de fe de los hombres.

"Jesús de nuevo les dijo: -Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no

caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida... Mientras es de día debemos realizar lo que nos ha encomendado el que me envió; cuando llega la noche, nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo" (JN. 8, 12. 9, 4-5).

El periodo nocturno al que Jesús se refiere, equivale a los días en que estuvo muerto, al tiempo de la destrucción de Jerusalén acaecida en el año setenta del siglo I, y a nuestros periodos de crisis espirituales.

2-7. Jesús informó a sus Apóstoles de la muerte de Lázaro.

"Y añadió:

-Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero yo voy a despertarle.

Los discípulos comentaron:

-Señor, si se ha dormido, quiere decir que se recuperará.

Creían ellos que Jesús se refería al sueño natural, pero él hablaba de la muerte de Lázaro. Entonces Jesús se expresó claramente:

-Lázaro ha muerto. Y me alegro de no haber estado allí, porque ello redundará en vuestro bien; así tendréis un motivo más para creer. Vamos, pues, allá" (JN. 11, 11-15).

¿Era la resurrección de Lázaro un motivo que justificara el hecho de que trece hombres arriesgaran su vida? El amor es impulsivo, y no valora los riesgos que puede correr en determinadas ocasiones, pues solo se interesa en "gastarse" en beneficio de quienes ama.

Jesús no quería hacerles sufrir a sus amigos comunicándoles la muerte del que ellos creían que padecía una enfermedad que no era grave. Esta fue la razón por la que les dijo:

"-Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero yo voy a despertarle" (CF. JN. 11, 11).

Aunque la expresión del Salvador era conocida en atención a la forma de hablar de los judíos, los Apóstoles no pudieron sospechar que Lázaro había fallecido.

Veamos un texto neotestamentario en que se utiliza esta forma de expresión.

"Somos los hombres más desgraciados, si todo cuanto esperamos de Cristo se cifra en esta vida. Pero no, Cristo ha resucitado, y él es el anticipo de quienes duermen el sueño de la muerte" (1 COR. 15, 19-20).

"Entonces Jesús se expresó claramente: -Lázaro ha muerto" (JN. 11, 14).

La expresión de la muerte natural, también aparece en la Biblia, lo cual es lógico de suponer, dado que, en el citado libro, aparecen biografías de personajes relevantes en la historia de la salvación.

"Durante la vida de su marido, la mujer está ligada a él; pero si el marido muere, la mujer queda libre para casarse con quien le plazca, siempre que se trate de un matrimonio cristiano... porque quien come y bebe sin tomar conciencia de que se trata del cuerpo del Señor, viene a comer y a beber su propio castigo. Ahí tenéis la causa de no pocos de vuestros achaques y enfermedades, e incluso de bastantes muertes" (1 COR. 7, 39. 11, 30).

Mientras que los Apóstoles temían tanto por la vida de Jesús como por su existencia, el Señor solo actuaba teniendo en cuenta la instauración del Reino de Dios en el mundo, lo cual será el inicio del tiempo en que todos viviremos para no morir más. Jesús era tan consciente de que todos tenemos que morir, que el hecho de poner su vida en peligro no le impedía ir a Betania para hacer de la resurrección de su amigo un anticipo de la vida perdurable.

La forma de actuar de Jesús es plenamente justificable, si tenemos en cuenta que, en los relatos joánicos, el Señor es un amigo y hermano más de la comunidad de creyentes, lo cual nos hace reflexionar sobre la gran humildad del Mesías, y la alegría que supone para nosotros, el hecho de formar parte de una comunidad, en que todos tenemos los mismos derechos y deberes, y obligaciones acordes a nuestro estado de religiosos o laicos.

"El amor supremo consiste en dar la vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no está al tanto de los secretos de su amo. A vosotros os llamo desde ahora amigos, porque os he dado a conocer todo lo que oí a mi Padre. No me elegísteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que os pongáis en camino y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. Lo que yo os mando es que os améis los unos a los otros. Si el mundo os odia, recordad que primero me odió a mí. Si pertenecierais al mundo, el mundo os amaría como cosa propia; pero no pertenecéis al mundo, pues yo os elegí y os saqué de él. Por eso, el mundo os odia. Recordad lo que os he dicho: "Ningún siervo es superior a su amo."Como me han perseguido a mí, os perseguirán también a vosotros; y en la medida en que han aceptado mi enseñanza, también aceptarán la vuestra. Os tratarán así por mi causa, porque no conocen a Aquel que me envió" (JN. 15, 13-21).

Al constatar que Jesús se hacía un miembro más de su comunidad de creyentes, sin exigir que se le dispensara un trato especial, recuerdo a los religiosos que se jactan de su poder, y no se valen de su ministerio para ganar almas para Dios, sino para ser beneficiados, y de algunas señoras que se creen reinas del universo, porque son amas de llaves de sus parroquias. El trato áspero de tales personajes, no está relacionado con el trato que Jesús quiere que nos dispensemos los miembros de sus comunidades.

"No andéis engañándoos unos a otros. Despojaos de la vieja y pecadora condición humana y convertíos en hombres nuevos, hombres que van renovándose sin cesar a imagen de su Creador, en busca de un conocimiento cada vez más profundo. Ya no hay fronteras de raza, religión, cultura o posición social, sino que Cristo es todo en todos. Sois elegidos de Dios; él os ha consagrado y os ha dado su amor. Sed, pues, profundamente compasivos, benignos, humildes, pacientes y comprensivos. Soportaos mutuamente, y así como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros, si alguno tiene quejas contra otro. Y, por encima de todo, practicad el amor, que es la cumbre de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestra vida; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Sed agradecidos. El mensaje de Cristo llene con toda su riqueza vuestros corazones, y sed de veras maestros y consejeros los unos de los otros. Con un corazón profundamente agradecido, cantad a Dios salmos, himnos y canciones inspiradas. En fin, cuanto hagáis o digáis, hacedlo en nombre de Jesús, el Señor, dando gracias a Dios Padre por medio de él" (COL. 3, 9-17).

Analicemos JN. 11, 15. Jesús les dijo a sus discípulos:

"Y me alegro de no haber estado allí, porque ello redundará en vuestro bien; así tendréis un motivo más para creer" (CF. JN. 11, 15).

Jesús les dijo a sus discípulos:

-Me alegro de que no hayáis visto sufrir y morir a Lázaro, porque mi misión en este mundo consiste en extinguir la muerte física y la muerte del error y el pecado.

"Vamos, pues, allá" (CF. JN. 11, 15).

Dado que Jesús tenía la intención de resucitar a Lázaro, parecía que pensaba que su amigo estaba vivo, -pues le dolía el hecho de saber que estaba muerto-, cuando pareció decirles a sus amigos: -Vamos a ver a nuestro querido Lázaro. El Señor sabía muy bien lo que iba a hacer.

2-8. El Apóstol Tomás.

"Tomás, apodado "el Mellizo", dijo a los otros condiscípulos:

-¡Vamos también nosotros, para morir con él!" (JN. 11, 16).

Si somos interrogados con respecto a la conducta de Santo Tomás Apóstol, sin lugar a dudas, lo primero que recordamos de él, es su incredulidad, a la hora de aceptar la resurrección de Jesús.

"Le dijeron más tarde los otros discípulos:

-Hemos visto al Señor.

Tomás les contestó:

-Si no veo en sus manos la señal de los clavos; más aún, si no meto mi dedo en la señal dejada por los clavos y mi mano en la herida del costado, no lo creeré" (JN. 20, 25).

Comparemos la nueva actitud de Santo Tomás que algunos de nuestros hermanos habrán descubierto por medio de la meditación del Evangelio de hoy, con el amor que San Pedro sentía por Jesús. La traducción de Dídimo (el Mellizo), nos hace entender que en el Apóstol Tomás vemos lo que tiene que ser la comunidad cristiana, -es decir-, una comunidad de mellizos o dobles de nuestro Salvador, capaces de servir a Jesús, aunque no entiendan el proceder de nuestro Redentor. Recordemos cómo Pedro quería morir por Jesús, con tal de impedir la muerte de nuestro Salvador.

"Simón Pedro le preguntó:

-Maestro, ¿a dónde vas?

Jesús le contestó:

-A donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, algún día lo harás.

Pedro insistió:

-Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Estoy dispuesto a dar mi vida por ti.

Jesús le dijo:

-¿De modo que estás dispuesto a dar tu vida por mí? Te aseguro, Pedro, que antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces" (JN. 13, 36-38).

"Pedro intervino y le dijo:

«Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.»

Jesús le dijo:

«Yo te aseguro: esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces.»

Dícele Pedro:

«Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré.»

Y lo mismo dijeron también todos los discípulos" (MT. 26, 33-35).

Mientras que Pedro quería morir con tal de evitarle a Jesús su Pasión y muerte, Tomás quería morir con Jesús, porque, aunque para él la muerte era el fin de la existencia, lo único que deseaba, era cumplir la voluntad de su divino Maestro. El hecho de morir por Cristo tiene ventajas para quienes creen en la resurrección de los muertos, pero es un acto muy valiente cuando no se acepta la realidad de volver a la vida para no morir, y se accede a sacrificar la vida por amor.

2-9. La constatación de la muerte de Lázaro.

"A su llegada, Jesús se encontró con que Lázaro había sido sepultado hacía ya cuatro días" (JN. 11, 17).

Los judíos creían que la muerte era efectiva a partir del tercer día en que perdían la vida, por cuanto, precisamente en ese día, la descomposición empezaba a borrar los rasgos de los cadáveres. Dado que Jesús iba a devolverle la vida a su amigo, era necesario tener todas las pruebas que en aquel tiempo eran necesarias para constatar la muerte de una persona, con tal de que la resurrección de Lázaro tuviera la mayor aceptación posible.

En el vasto campo de la conversión, hasta que no reconocemos que estamos muertos a la vida de la gracia divina, no podemos dar el paso definitivo para empezar a adaptarnos al cumplimiento de la voluntad de nuestro Padre común.

Dado que el sepulcro significa la ausencia de vida, ello nos hace percatarnos de que, mientras no estamos en estado de gracia, vivimos en el sepulcro característico de nuestra humana imperfección.

2-10. Los judíos les dieron el pésame a las hermanas de Lázaro.

"Como Betania está muy cerca de Jerusalén -unos dos kilómetros y medio-, muchos judíos habían ido a visitar a Marta y a María para darles el pésame por la muerte de su hermano" (JN. 11, 18-19).

Llama la atención el hecho de que aquellos enemigos de Jesús fueron a darles el pésame a las mujeres que, por acoger al Salvador en su casa, se sabía de ellas que eran creyentes, porque los judíos expulsaban de la Sinagoga a todos los seguidores de Jesús, lo cual significa que los tales quedaban en una desesperante situación de marginación social.

Recordemos la razón por la que los padres del ciego de nacimiento no les dieron una respuesta clara a los fariseos, cuando fueron interrogados sobre la curación de su hijo.

"Los padres contestaron así por miedo a los judíos, pues éstos habían tomado la decisión de expulsar de la sinagoga a todos los que reconocieran que Jesús era el Mesías" (JN. 9, 22).

2-11. Marta corrió al encuentro de Jesús. La actitud de María ante la muerte de Lázaro.

"En cuanto Marta se enteró de que Jesús llegaba, le salió al encuentro; María, por su parte, se quedó en casa" (JN. 11, 20).

Marta estaba decepcionada porque Jesús no había socorrido a su hermano. Ello era comprensible hasta cierto punto, porque, el hecho de ir a Judea, hacía peligrar la vida del Mesías. A pesar de que la decepción pudo ser más grave porque Jesús fue a Betania cuatro días después de que falleciera Lázaro, y de haberlo hecho cuatro días antes, hubiera impedido su muerte, Marta no podía odiar a Jesús, pues pensaba que debía existir una poderosa razón para que el Señor se abstuviera de hacer lo que lo caracterizaba, es decir, hacer el bien sin descansar un momento.

San Lucas nos dice con respecto a Marta y María:

"Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, pues, dijo:

«Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile,

pues, que me ayude.»

Le respondió el Señor:

«Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada.»" (LC. 10, 38-42).

Dado que Marta se comprometió a hospedar a Jesús y a sus seguidores, era normal el hecho de que se esmerara en servir al Señor y a sus Apóstoles. Personalmente creo que Jesús no le llamó la atención a Marta porque se esmeraba en servirlo, sino porque se preocupaba demasiado por sus quehaceres.

En el relato de la muerte y resurrección de Lázaro, la fe de Marta, que debía haber sido más débil que la fe de María, por cuanto su hermana parecía tener un mayor conocimiento de la Palabra de Dios, por causa del tiempo que pasó a los pies del Mesías escuchándole predicar, aunque no fue completa, fue más grande que la de María, quien permaneció sentada en su casa, pensando que la muerte de Lázaro, había exterminado su felicidad. María, cegada por su impotencia, permanecía inactiva, atendiendo a quienes le daban el pésame, y recordando a su hermano.

2-12. El reproche de Marta.

"Marta dijo a Jesús:

-Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano" (JN. 11, 21).

Marta, aún incapacitada para creer que la vida de la gracia nos libra de la esclavitud de la muerte, no podía dejar de pensar en el dramático fin que había tenido la vida de su hermano. El diálogo que mantuvieron Jesús y Marta, constituye uno de los fragmentos más emotivos del pasaje evangélico que estamos considerando. El reproche que Marta le hizo a nuestro Señor, me hace recordar la siguiente vivencia de una señora que perdió la fe en Dios.

"Cuando mi nieta... nació estaba muy enferma. Los médicos nos dijeron que no podíamos hacer nada por ella, sino esperar su muerte. Yo me fui a la capilla del hospital y les besé los pies a todos los Santos, y les pedí que me curaran a mi nieta, porque, aunque estaba recién nacida, la queríamos mucho. Pocas horas después, la niña murió, y, con ella, se nos rompió el corazón".

Sé que para muchos de nuestros hermanos, la historia que os he transmitido, solo puede ser vista como una representación infantil, porque la muerte nos es común a todos, pero, independientemente de lo que pensemos del pensamiento de dicha señora, la situación de quienes le dicen a Dios que podría haber evitado su sufrimiento, es muy dolorosa, mientras los tales no comprenden que tenían que pasar por los diversos estados en que se les manifestó el dolor, por una razón que el mismo Dios les manifestará cuando sean conducidos a su presencia.

2-13. ¿Cómo creía Marta que debía haber actuado Jesús?

"Pero aun así, yo sé muy bien que todo lo que pidas a Dios, él te lo concederá" (JN. 11, 22).

Marta le dijo a Jesús:

-No sé por qué razón no has impedido la muerte de mi hermano, pero estoy segura de que Dios no te negará lo que le pidas.

¿Por qué le dijo Marta a Jesús tales palabras? En primer lugar, Marta le dijo a Jesús que Dios le concedería todo lo que le pidiera, porque ignoraba el significado de las siguientes palabras de nuestro Salvador:

"El Padre y yo somos uno" (JN. 10, 30).

Jesús es Dios junto con el Padre y el Espíritu Santo, así pues, cuando el Mesías dijo:

"Ya habéis oído lo que os he dicho: "Me voy, pero volveré a estar con vosotros." Si de verdad me amáis, debéis alegraros al oírme decir que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo" (JN. 14, 28),

no indicó que su condición es inferior a la del Padre, sino que se somete al Todopoderoso por causa de su reverente amor de Hijo.

Si Jesús es consustancial al Padre, las obras de ambos tienen un mismo autor, pues son de Dios.

"Pero él les dijo:

-Muchas obras buenas he hecho ante vosotros en virtud del poder que he recibido de mi Padre; ¿por cuál de ellas queréis apedrearme?... Si no realizo

las obras de mi Padre, no me creáis; pero, si las realizo, fiaos de ellas, aunque no queráis fiaros de mí. De este modo podréis reconocer que el Padre está en mí, y yo en el Padre" (JN. 10, 32; 37-38).

Dado que Jesús hizo muchos milagros durante el tiempo de su Ministerio público, y en el Antiguo Testamento existen relatos de resurrecciones, Marta debía albergar la esperanza de que Jesús le devolviera la vida a su hermano. Por su parte, Jesús pareció querer evitar que se le atribuyera la resurrección de Lázaro para que no se le viera como santón o mago, y porque quería transmitirnos la idea de que la resurrección universal acontecerá, porque Dios nos ha prometido que, después de que seamos resucitados, no volveremos a experimentar la muerte física.

2-14. Jesús consoló a Marta, pero ella no comprendió el significado real de sus palabras.

Jesús le contestó:

-Tu hermano resucitará.

Marta respondió:

-Sé muy bien que volverá a la vida al fin de los tiempos, cuando tenga lugar la resurrección de los muertos" (JN. 11, 23-24).

Marta entendió que Jesús quería consolarla haciéndola pensar en la resurrección universal que acontecerá cuando este mundo sea el Reino de Dios, al final de los tiempos. Esta fue la razón por la que no dudó en decirle al Señor que efectivamente aceptaba esa creencia, porque se la habían inculcado desde que era pequeña, pero, dado que esperaba que Jesús resucitara a su hermano excepcionalmente, el hecho de esperar a ver a Lázaro al final de los tiempos, probablemente incrementó su decepción.

2-15. Jesús es la resurrección y la vida.

"Jesús afirmó:

-Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y ninguno de los que viven y tienen fe en mi morirá para siempre. ¿Crees esto?

Marta contestó:

-Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que había de venir a este mundo" (JN. 11, 25-27).

Jesús quería hacerle entender a Marta que no vino al mundo con la misión de prolongar esta vida nuestra marcada por la imperfección, sino para comunicarnos la vida eterna, la vida verdadera de la gracia, la existencia que jamás perderemos. Jesús, que no vino a retrasar ni a suprimir nuestra muerte, puede darnos la vida eterna, porque El mismo dispone de esa vida, de hecho, El es esa vida (CF. JN, 11, 25).

"El Padre tiene el poder de dar la vida, y ha concedido al Hijo ese mismo poder" (JN. 5, 26).

Jesús es la resurrección y la vida (CF. JN. 11, 25), de hecho, el Señor demostró esta realidad, resucitando a su amigo Lázaro de entre los muertos.

En el terreno de la fe, Jesús nos resucita por medio del Bautismo, porque el precio del pecado es la muerte. Veamos este hecho explicitado en la Carta de San Pablo a los Romanos.

"¿No sabéis que, al ser vinculados a Cristo por medio del bautismo, fuimos vinculados también a su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con Cristo, quedando asimilados a su muerte. Por tanto, si Cristo venció a la muerte resucitando por el glorioso poder del Padre, preciso es que también nosotros emprendamos una vida nueva. Injertados en Cristo y partícipes de su muerte, hemos de compartir también su resurrección. Tened en cuenta que nuestra antigua condición pecadora fue clavada con Cristo en la cruz, quedando así destruida la fuerza del pecado y libres nosotros de su servidumbre... Porque el salario que ofrece el pecado es la muerte, mientras que Dios ofrece como regalo la vida eterna por medio de Cristo Jesús, Señor nuestro" (ROM. 6, 3-6; 23).

Jesús dijo en su discurso eucarístico:

"-Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida; mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí, y yo en él. El Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo gracias a él. Así también, el que me coma vivirá gracias a mí" (JN. 6, 53-57).

Al ser bautizados, -es decir, al ser regenerados mediante el baño bautismal y recibir el Espíritu Santo-, nacemos a la vida de la gracia, que, conforme somos purificados, somos conscientes de que la poseemos, y aumentamos el deseo de conservarla.

"Nicodemo, miembro de la secta de los fariseos, era un hombre principal entre los judíos. Una noche fue a ver a Jesús y le dijo:

-Maestro, sabemos que Dios te ha enviado para enseñarnos; nadie, en efecto, puede realizar los milagros que tú haces si Dios no está con él.

Jesús le respondió:

-Pues yo te aseguro que sólo el que nace de nuevo podrá alcanzar el reino de Dios.

Nicodemo repuso:

-¿Cómo es posible que un hombre ya viejo vuelva a nacer? ¿Acaso puede volver a entrar en el seno materno para nacer de nuevo?

Jesús le contestó:

-Te aseguro que nadie puede entrar en el reino de Dios si no nace del agua y del Espíritu. Lo que nace del hombre es humano; lo que nace del Espíritu es espiritual. No te cause, pues, tanta sorpresa el que te haya dicho que tenéis que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere; oyes su rumor, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con el que nace del Espíritu... Yo os aseguro que el que acepta mi palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna; no será condenado, sino que ha pasado ya de la muerte a la vida" (JN. 3, 1-9; 5, 24).

2-16. Marta le dijo a María que Jesús la llamaba.

"Dicho esto, Marta fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído:

-El Maestro está aquí y pregunta por ti" (JN. 11, 28).

San Juan no nos informa de si Marta comprendió todo lo que Jesús le transmitió, pero, en cambio, nos hace entender que, aquella ama de casa hiperactiva, acostumbrada a realizar un trabajo que no estamos acostumbrados a agradecerles a nuestras madres ni a nuestras mujeres, y con la voluntad fortalecida por la repetición de sus actividades cotidianas, fue a buscar a María para pedirle la ayudara a convencer a Jesús para que resucitara a Lázaro, porque no tenía el más mínimo pensamiento de darse por vencida. No debemos pensar que Marta quería forzar a Jesús a actuar contra su voluntad, pues al Mesías le gusta la fe segura y constante de sus creyentes. Recordemos, -a modo de ejemplo-, la fe de los portadores del paralítico que

Jesús curó en Cafarnaúm.

"Entró de nuevo en Cafarnaúm; al poco tiempo había corrido la voz de que estaba en casa. Se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya sitio, y él les anunciaba la Palabra. Y le vienen a traer a un paralítico llevado entre cuatro. Al no poder presentárselo a causa de la multitud, abrieron el techo encima de donde él estaba y, a través de la abertura que hicieron, descolgaron la camilla donde yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico:

«Hijo, tus pecados te son perdonados.»

Estaban allí sentados algunos escribas que pensaban en sus corazones:

«¿Por qué éste habla así? Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?»

Pero, al instante, conociendo Jesús en su espíritu lo que ellos pensaban en su interior, les dice:

«¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: "Tus pecados te son perdonados", o decir: "Levántate, toma tu camilla y anda?" Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados -dice al paralítico-: "A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa""

Se levantó y, al instante, tomando la camilla, salió a la vista de todos, de modo que quedaban todos asombrados y glorificaban a Dios, diciendo:

«Jamás vimos cosa parecida."" (MC. 2, 1-12).

Jesús se hubiera entristecido si los portadores del paralítico se hubieran marchado pensando que era imposible el hecho de acercarse a El. El Mesías, que, por ser Dios, puede conocernos interiormente, se maravilló de la fe que tuvieron quienes, para acercarle al enfermo, tuvieron la ocurrencia de romper el techo de la casa en que se hospedaba, llamando la atención del público, que seguro se dejaba arrastrar por aquella extraña curiosidad, con tal de averiguar cómo terminaba aquella situación.

Jesús no había impedido la enfermedad ni la muerte de Lázaro, pero ello no impidió que Marta dejara de amarle, tal como vimos en su confesión de fe.

"-Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que había de venir a este mundo" (CF. JN. 11, 27).

Aunque la fe de Marta aún no era completa, su confesión es una fórmula de fe en Jesús que encierra en sí una gran perfección.

Dado que Marta sabía que quienes les daban el pésame a María y a ella eran enemigos jurados de Jesús, no le gritó a Marta que la acompañara rápidamente, sino que le dijo al oído que Jesús quería verla, con tal de evitar que quienes las acompañaban la siguieran, porque no quería que Jesús corriera peligro nuevamente.

San Juan no nos dice en su relato si fue Jesús quien le dijo a Marta que quería ver a María, o si ella misma recurrió a su hermana, con tal de ver si el cariño que Jesús sentía por su querida oyente de sus sermones le arrancaba el milagro que ella no pudo conseguir, no porque Jesús no la amaba tanto como a María, sino porque aún no había concluido el tiempo en que su fe debía ser probada.

2-17. María fue al encuentro de Jesús.

"María se levantó rápidamente y salió al encuentro de Jesús. Pues no había entrado todavía en el pueblo; estaba aún en el lugar en que Marta se había encontrado con él" (JN. 11, 29-30).

Mientras Jesús se privó de entrar en Betania con tal de evitar el hecho de enfrentar situaciones violentas con los judíos, María, al pensar que Jesús la había llamado, salió de su inmovilismo mental, "se levantó rápidamente, y salió al encuentro de Jesús" (CF. JN. 11, 29), pues estaba confundida, entre la necesidad de reprocharle el desamparo de Lázaro por su parte, y de ser consolada por el Rabbi (Maestro).

2-18. La gente siguió a María.

"Cuando los judíos que estaban en casa con María, consolándola, vieron que se levantaba y salía muy de prisa, la siguieron, pensando que iría a la tumba de su hermano para llorar allí" (JN. 11, 31).

Mientras que Marta hizo su primera salida discretamente, para no poner en peligro la vida de Jesús, María, herida por su forma de aceptar el fallecimiento de Lázaro, pensando únicamente en sí misma, salió corriendo de su casa llorando, -lo cual indicaba su conciencia de sentirse desgraciada-, lo cual llamó la atención de quienes intentaban consolarla en vano, los cuales la siguieron muy de cerca, pensando que iba a llorar a la tumba de Lázaro. La sorpresa de todos debió ser mayúscula, cuando comprobaron que, lo que María quería hacer, era encontrarse con Jesús, el cual no fue a su casa para no encontrarse

con los judíos, sino porque El, que nos da la vida porque es la vida, no quiere que este mundo sea la civilización de la tristeza, sino el Reino del gozo eterno.

¿Sabemos consolar a quienes lloran?

¿Somos conscientes de que erramos si no dejamos que quienes necesitan llorar derramen las lágrimas que indican su necesidad de ser consolados?

¿Nos percatamos de que la creencia de que los hombres no deben llorar, nos crea problemas mentales, por el hecho de impedirnos manifestar libremente los sentimientos de dolor que albergamos en el corazón?

2-19. María adoró a Jesús y le reprochó el hecho de no haber socorrido a Lázaro.

"María llegó al lugar donde estaba Jesús, se arrojó a sus pies y exclamó:

-Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano" (JN. 11, 32).

Mientras que la fuerza que adquirió Marta por las circunstancias que vivió la mantuvieron fuerte delante de nuestro Señor, María se arrojó a los pies de Jesús, para adorarlo, y manifestarle la intensidad de su dolor, que creía no podía soportar. Las promesas proféticas que tanto debieron haberle recordado aquellos días carecían de fuerza moral para animar a María, de la misma forma que, sus ratos de meditación a los pies del Maestro, carecían totalmente de significado. La fe de María no se extinguió por su actitud pecadora, sino por la impotencia que la dominó ante la visión negativa de la muerte de su hermano.

Por su parte, Jesús no consoló a María tal como lo hizo con Marta, porque, en la situación que estaba su amiga, las palabras resultarían estar vacías de contenido. María necesitaba ver un milagro para poder recuperar su fe perdida, y Jesús, que no vino a este mundo con la misión de interrumpir los ciclos de enfermedad y muerte, -salvo en las ocasiones en que ello simbolizó nuestra futura existencia en el Reino de Dios, donde no padeceremos-, iba a resucitar a Lázaro, pues esta es la misión que nuestro Señor debía cumplir:

"Después de decir todo esto, Jesús levantó los ojos al cielo y exclamó:

-Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Tú le diste autoridad sobre todos los hombres; que él dé ahora la vida eterna a todos los que tú le has confiado. (Y la vida eterna consiste en que te reconozcan a ti como único Dios verdadero, y a Jesucristo como tu enviado)" (JN. 17, 1-3).

Mientras que los judíos consolaban a las hermanas de Betania con sus palabras ineficaces, Jesús resucitó a Lázaro, porque, de la misma forma que el remedio de la enfermedad es la recuperación de la salud, el consuelo de la muerte, es la resurrección.

2-20. Jesús les preguntó a María y a los judíos dónde estaba la tumba de Lázaro.

"Jesús, al verla llorar a ella y a los judíos que la acompañaban, lanzó un suspiro y, profundamente emocionado, preguntó:

-¿Dónde le habéis sepultado?

Ellos contestaron:

-Ven a verlo , Señor" (JN. 11, 33-34).

Dado que María y sus acompañantes no cesaban de llorar, Jesús, -quien puede darnos la vida eterna, porque es la vida perdurable-, al pensar en el fallecimiento de su amigo y en el dolor de María, Marta y los judíos, se reprimió la gran emoción que sintió con una rápida sacudida, porque no quería ser transmisor de dolor, sino de vida y gozo.

2-21. Las lágrimas de Jesús.

"Jesús se echó a llorar" (JN. 11, 35).

Si Jesús sabía que iba a resucitar a Lázaro y extinguir el sufrimiento tanto de las hermanas de su amigo y los acompañantes de las mismas, ¿por qué se dejó arrastrar por las emociones de los judíos? Jesús vino al mundo como perfecto Dios, y perfecto Hombre. Siendo Hombre, Jesús tuvo la oportunidad de conocer el dolor humano y la impotencia que causa el mismo, con más profundidad de lo que lo hacemos nosotros, porque, por su perfección divina, puede detestar más la amargura, que quienes carecemos de los atributos relativos a la Divinidad.

Los judíos sepultaron a Lázaro en el sepulcro, que era un evidente signo del fin de la vida, la conclusión de la esperanza de los hombres. La idea de la resurrección universal, que Jesús desarrolló, no le ayudó a María a pensar que el Señor tenía poder para devolverle la vida a su hermano. Tanto la fe de

María, que conocía al Señor, pero no creía en El, como la fe de los enemigos jurados de Jesús, eran iguales.

Jesús no lloró únicamente por Lázaro, sus familiares y amigos, pues ello hubiera carecido de sentido, si no lo hubiera hecho pensando en el sufrimiento de la humanidad. Como Dios, Jesús puede extinguir el sufrimiento y la muerte, pero, como Hombre, sufrió más de lo que podemos hacer nosotros lo propio, por causa de su Divinidad.

2-22. Jesús fue compadecido.

"Y los judíos allí presentes comentaban:

-Bien se ve que le quería de verdad" (JN. 11, 36).

Hay gente que cuando sufre no causa compasión, porque su dolor no se manifiesta plenamente, o porque el mismo es una expresión de su egoísmo o hipocresía. Los acompañantes de María vieron varios intentos que Jesús hizo con tal de evitar que se le humedecieran los ojos, así pues, cuando el Señor no pudo controlar sus emociones, a pesar de que no lo tenían por amigo, lo compadecieron, cuando comprobaron que su corazón era capaz de amar, y creyeron que compartía sus creencias relativas a la muerte.

Al decir la gente: "-Bien se ve que le quería de verdad" (CF. JN. 11, 36), hablaba del cariño de Jesús para con Lázaro como cosa pasada, pues, al no creer en Jesús, desconocía la realidad de la resurrección universal, tal como la expuso nuestro Salvador.

2-23. Los escépticos criticaron a Jesús.

"Pero algunos dijeron:

-Este, que dio vista al ciego, ¿no podría haber hecho algo para evitar la muerte de su amigo?" (JN. 11, 37).

Jesús les dijo a sus detractores en el Templo jerosolimitano:

"Si no realizo las obras de mi Padre, no me creáis; pero, si las realizo, fiaos de ellas, aunque no queráis fiaros de mí. De este modo podréis reconocer que el Padre está en mí, y yo en el Padre" (JN. 10, 37-38).

Dado que Jesús curó al ciego de nacimiento, según vimos en el Evangelio del Domingo IV de Cuaresma, algunos pensaron que, de la misma manera que el Maestro hizo aquel milagro, podría haber suavizado el sufrimiento de Lázaro, e incluso impedido su fallecimiento. A la vista de las palabras de Jesús expuestas en JN: 10, 37-38, aunque el Mesías era objeto de desprecio, las obras que realizaba, estaban dando buenos frutos. Esta situación también se reflejó en San Pablo, quien les escribió a los cristianos de Filipo:

"Quiero que sepáis, hermanos, que, lejos de sufrir daño, la causa del evangelio se ha visto favorecida con esta situación mía (San Pablo estaba preso). No solamente la guardia imperial en pleno, sino todos los demás, han visto claro que Cristo es la única razón de mi encarcelamiento. Es más, mi prisión ha fortalecido la confianza en el Señor de buen número de hermanos, que ahora se atreven a proclamar el mensaje de Dios abiertamente y sin temor. Es verdad que mientras unos anuncian a Cristo con rectitud de intención, a otros les mueve la envidia y la rivalidad. Aquéllos lo hacen por amor, sabiendo que yo he recibido el encargo de defender el mensaje de salvación. Estos otros, en cambio, al anunciar a Cristo, se dejan llevar de la ambición y de la deslealtad, pensando hacer con ello más dura mi prisión. Pero ¿qué importa? Con segundas intenciones o sin ellas, Cristo es siempre proclamado, y eso me hace y seguirá haciéndome feliz" (FLP. 1, 12-18).

Independientemente de que se hablara bien o mal de San Pablo, el citado Santo se conformaba con que se tuviera una buena imagen de Cristo. En el relato de la muerte y resurrección de Lázaro, independientemente de que los acompañantes de María creyeran en el Mesías, el Señor quería que no fuera manchada la reputación de nuestro Santo Padre.

Jesús no fue al sepulcro de Lázaro a hacer duelo, sino a manifestar tanto la gloria del Padre como su poder y amor.

"Las hermanas de Lázaro mandaron a Jesús este recado:

-Señor, tu amigo está enfermo.

Jesús, al saberlo, dijo:

-Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios; por medio de ella resplandecerá la gloria del Hijo de Dios" (JN. 11, 3-4).

2-24. El sepulcro de Lázaro.

"Jesús, de nuevo profundamente emocionado, se acercó a la tumba. Era una cueva cuya entrada estaba tapada con una gran piedra. Jesús les ordenó:

-Quitad la piedra.

Marta le advirtió:

-Señor, tiene que oler ya, pues hace cuatro días que murió" (JN. 11, 38-39).

El sepulcro era una cueva, en recuerdo del sepulcro de los Patriarcas de Israel.

"Luego les dio este encargo (Jacob a sus hijos):

«Yo voy a reunirme con los míos. (Voy a morir). Sepultadme junto a mis padres en la cueva que está en el campo de Efrón el hitita, en la cueva que está en el campo de la Makpelá, enfrente de Mambré, en el país de Canaán, el campo que compró Abraham a Efrón el hitita, como propiedad sepulcral: allí sepultaron a Abraham y a su mujer Sara; allí sepultaron a Isaac y a su mujer Rebeca, y allí sepulté yo a Lía. Dicho campo y la cueva que en él hay fueron adquiridos de los hititas"" (GN. 49, 29-32).

El sepulcro de Abraham, representa el sepulcro de Israel, es decir, de la misma manera que murió el primero de los tres Patriarcas del primitivo pueblo de Yahveh, todos sus descendientes espirituales, estamos destinados a morir. En oposición al simbolismo del sepulcro de Abraham, el sepulcro de Jesús, -sepulcro en que nadie había sido enterrado antes que falleciera Jesús-, es la urna en que el Señor resucitó para no morir jamás, es decir, es un signo de la resurrección universal, que acontecerá al final de los tiempos.

"Cerca del lugar donde Jesús fue crucificado había un huerto, y en el huerto, un sepulcro nuevo, en el que nadie había sido sepultado" (JN. 19, 41).

Lázaro fue enterrado según la costumbre judía, para que se reuniera con sus padres.

Dios le dijo a Abraham:

"Tú en tanto vendrás en paz con tus padres, serás sepultado en buena ancianidad" (GN. 15, 15).

La losa del sepulcro simbolizaba la definitud de la muerte, y separaba el mundo de los vivos del mundo de los muertos, en espera de la resurrección universal. Esta es la razón por la que Marta le dijo a Jesús anteriormente al encuentro del Señor con María:

"-Sé muy bien que volverá a la vida al fin de los tiempos, cuando tenga lugar la resurrección de los muertos" (JN. 11, 24).

La orden de Jesús referente a que retiraran la losa del sepulcro de Lázaro (CF. JN. 11, 39), es un indicativo de que los creyentes debemos creer en El, y, por tanto, no creer en la eternidad de la muerte, ni ver la llegada de los últimos tiempos tan lejana, como para perder la esperanza de resucitar de la muerte.

Las palabras que Marta le dijo a Jesús referentes al cadáver de Lázaro (CF. JN: 11, 39), indican que, a pesar de su profesión de fe tan perfecta (CF. JN. 11, 27), solo pensaba en los cuatro días que su hermano llevaba muerto (CF. JN. 11, 17), porque no comprendía la diferencia existente entre las creencias relativas a la muerte que nos diferencian a quienes aceptamos de quienes rechazan a Jesús.

2-25. La losa que tapaba la tumba de Lázaro, fue retirada por orden de Jesús.

"Jesús les ordenó:

-Quitad la piedra.

Marta le advirtió:

-Señor, tiene que oler ya, pues hace cuatro días que murió.

Jesús le contestó:

-¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?" (JN. 11, 39-40).

Jesús estaba protagonizando un hecho insólito, y estaba siendo víctima de una gran presión. Por una parte, sus Apóstoles le dijeron antes de ir a Betania:

"-Maestro, hace bien poco que los judíos intentaron apedrearte; ¿cómo es posible que quieras volver allá?" (CF. JN. 11, 8).

Cuando se encontró con Marta, esta le dijo sin pensárselo dos veces:

"-Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano" (CF. JN. 11, 21).

María de Magdala, deshecha por el dolor, también le dijo a Jesús:

"-Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano" (CF. JN: 11, 32).

Algunos de los que vieron sucumbir al Mesías bajo el peso del dolor que lo caracterizaba y de la presión que soportaba estoicamente, dijeron en voz alta:

"-Este, que vio vista al ciego, ¿no podría haber hecho algo para evitar la muerte de su amigo" (CF. JN: 11, 37), si es que lo amaba de verdad?

Ante el sepulcro de Lázaro, Marta le dijo al Mesías, cuando éste les ordenó a los judíos que quitaran la losa que tapaba la entrada de la cueva:

"-Señor, tiene que oler ya, pues hace cuatro días que murió" (CF. JN. 11, 39).

Ha de añadírsele, a esta presión del Jesús solitario en compañía de varias decenas de testigos de la posterior resurrección de Lázaro, el miedo que debió sentir, a la hora de ir a Judea, y no saber si podría regresar vivo a Galilea. Jesús sabía que la hora de su Pasión no había llegado, pero esa certeza solo se la proporcionaba su fe ciega en el Padre.

Jesús quiso que fuese quitada la losa de la entrada del sepulcro de Lázaro, pero Marta no había comprendido lo que quería hacer el Rabbi. Por su parte, los judíos, ante el reproche que Jesús le hizo a su amiga, decidieron hacerle caso al Salvador, como si fuese verdad que El tiene una nueva vida para los creyentes. No es fácil adivinar un hecho que San Juan no menciona en este relato, pero que se deduce al final del mismo. No pocos testigos de la resurrección de Lázaro estarían preparados para, al ver cómo Jesús jugaba con los sentimientos de quienes amaban el recuerdo de Lázaro, apedrearlo en aquel lugar.

Cuando los judíos retiraron la losa que tapaba el sepulcro de Lázaro, desapareció la diferencia entre vivos y muertos, ya que, en el amor de Jesús, todos los creyentes tienen vida eterna. Por nuestra fe, sabemos que, quienes mueren, no pierden la vida de su alma espiritual.

2-26. Jesús oró para que los testigos de la resurrección de Lázaro creyeran en El, por causa del milagro que llevó a cabo.

"Quitaron la piedra, y Jesús, mirando al cielo, exclamó:

-Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé muy bien que me escuchas siempre; si hablo así, es por los que están aquí, para que crean que tú me has enviado" (JN. 11, 41-42).

La oración de Jesús no fue de petición, por cuanto el Padre puso la creación en sus manos.

"El Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en sus manos" (JN. 3, 35).

Si Dios ha puesto la creación en las manos de Jesús, Marta tuvo razón, cuando le dijo a nuestro Salvador:

"Pero aun así, yo sé muy bien que todo lo que pidas a Dios, él te lo concederá" (JN. 11, 22).

Jesús y el Padre son una misma Deidad junto al Espíritu Santo, es esta la causa por la que Jesús no tiene necesidad de pedirle nada al Padre.

"El Padre y yo somos uno" (JN. 10, 30).

El agradecimiento de Jesús para con Dios, procede del amor que el Hijo siente por el Padre, cuya voluntad no cesa de cumplir.

"Jesús les explicó (a sus Apóstoles):

-Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra de salvación" (JN. 4, 34).

"-Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre (cuando me crucifiquéis), entonces reconoceréis que "yo soy el que soy" y que no hago nada por mi propia cuenta; solamente enseño lo que aprendí del Padre" (CF. JN. 8, 28).

Jesús le dijo a nuestro Santo Padre en su oración, antes de resucitar a Lázaro:

"Yo sé muy bien que me escuchas siempre; si hablo así, es por los que están aquí, para que crean que tú me has enviado" (CF. JN. 11, 42).

La gloria que Jesús buscaba era la manifestación del Padre, y ser reconocido, no por sí mismo, sino por su adhesión al Padre.

"El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada" (JN. 8, 29).

Jesús hizo todo lo que estaba a su alcance para que sus oyentes creyeran que El procedía de Dios, pero, ¿pudo el Señor lograr su objetivo?

2-27. Lázaro resucitó de entre los muertos.

"Dicho esto, exclamó con voz potente:

-¡Lázaro, sal fuera!

Y Lázaro salió de la tumba. Tenía las manos y los pies ligados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:

-Quitadle las vendas y dejadle andar" (JN. 11, 43-44).

ES difícil imaginar lo que pensaron todos los testigos de la resurrección de Lázaro, entre el momento en que Jesús llamó a su amigo, y el tiempo que éste tardó en salir de la tumba envuelto en vendas. Jesús les pidió a los judíos que le quitaran a Lázaro las vendas y el sudario que simbolizaban las creencias antiguas, y, el hecho de que dejaran ir a Lázaro, significa que nuestro Salvador quiere que sus seguidores no se sometan a ningún tipo de esclavitud.

2-28. El gozo de los creyentes en Jesús y el odio de sus enemigos.

"Al ver todo esto, muchos de los judíos que habían ido a visitar a María creyeron en Jesús. Otros, sin embargo, fueron a contar a los fariseos lo que Jesús acababa de hacer" (JN. 11, 45-46).

Aunque el versículo 46 del relato que nos ocupa, no se lee en la Liturgia de este día, porque la misma orienta el Evangelio que estamos meditando a la celebración de la Pasión, muerte y Resurrección de Jesús, es interesante saber que, la buena obra que Jesús hizo en beneficio de su amigo, se convirtió en un motivo que aceleró su padecimiento, que tuvo lugar a las afueras de Jerusalén.

Jesús no quiere gente que comulgue con su forma de pensar y proceder, sino seguidores que le amen y se amen entre sí sinceramente. Quienes establecen este tipo de relación con el Mesías, alcanzan la salvación, pues la conversión simbolizada por la resurrección de Lázaro, se lleva a cabo en ellos perfectamente.